

el fondo, agradábale la travesura de la niña; mirábala saltar el muro con la complacencia de un hermano mayor que asiste á los ejercicios de uno de sus hermanos menores. ¡Había tanta puerilidad en su ternura naciente! Al cabo de muchas discusiones, acordaron un día ir á coger nidos orillas del Viorne.—¡Ya verás cómo subo á los árboles!—decía Miette orgullosamente;—cuando estaba en Chavanoz, llegaba hasta la copa de los nogales del tío Andrés. ¿Has cogido alguna vez nidos de urracas? Eso sí que es difícil.—Y emprendieron una discusión sobre la manera de trepar por las ramas. Miette daba siempre su opinión prácticamente, como un muchacho; pero Silverio, cogiéndola por las rodillas, la bajaba a tierra, y marchaban juntos, abrazados por el cuello. Cuestionando siempre sobre la manera de poner los pies y las manos en el nacimiento de las ramas, apretábanse más y sentían que fuegos desconocidos los inflamaban de extrañas alegrías; nunca el pozo les había proporcionado placer semejantes. Continuaban siendo niños, tenían juegos y conversaciones de rapaces, y gustaban de las delicias de los enamorados, sin saber hablar de amor y sin tocarse más que la punta de los dedos. Buscaban el calor de sus manos, arrastrados por un deseo instintivo, é ignorando lo que querían sus sentidos y sus corazones; en estos momentos de dichosa candidez, hasta se ocultaban la emoción singular que se producían mutuamente al menor contacto. Sonrientes, asombrados muchas veces de las dulzuras que corrían por ellos al tocarse, abandonábanse en secreto á la mol-

de sus nuevas sensaciones, continuando, sin embargo, sus coloquios, como dos colegiales, sobre los nidos de urracas, tan difíciles de coger. Y así caminaban por el silencioso sendero entre los montones de tablas y el muro del Jas-Meiffren. Jamás traspasaban el extremo del callejón sin salida, volviendo siempre sobre sus pasos; estaban como en su casa. Con frecuencia Miette, feliz por estar tan bien oculta, se detenía y se felicitaba de su descubrimiento.—He tenido buena mano—decía muy satisfecha.—Andaríamos una legua sin encontrar mejor escondite.

La espesa hierba ahogaba el ruido de sus pasos. Estaban sumergidos en una ola de tinieblas, entre dos orillas sombrías, sin ver más que una banda azul oscura salpicada de estrellas encima de sus cabezas; y en esta vaguedad del suelo que pisaban, en esta semejanza del sendero á un arroyo de sombra corriendo bajo el cielo negro y oro, experimentaban una indefinible emoción, y bajaban la voz, aunque nadie podía escucharlos. Se abandonaban á aquellas ondas silenciosas de la noche, flotantes la carne y el espíritu, y contábanse tales noches las mil nonadas del día con estremecimientos amorosos. Otras veces, en las noches claras, cuando la luna dibujaba claramente las líneas del muro y de los montones de tablas, Miette y Silverio recobraban el abandono del niño. El sendero prolongábase iluminado por rayas blancas, alegre y sin parajes desconocidos, y los dos camaradas se perseguían, riendo como escolares en las horas de recreo, y aun á veces trepaban por las ramas. Era preciso que Silverio

asustase á Miette, diciéndole que acaso estaba Justino al otro lado del muro, y que la espiaba. Entonces, todavía sofocados, marchaban el uno al lado del otro, prometiéndose ir un día á correr por el prado de Santa Clara, para saber cuál de los dos cogería al otro más pronto.

Sus nacientes amores se acomodaban lo mismo á las noches oscuras que á las noches claras. Despiertos siempre sus corazones, bastábales un poco de sombra para que su abrazo fuese más dulce y su risa más blandamente voluptuosa. En su querido retiro, tan riente en las noches de luna tan lleno de emociones en las noches sombrías, les parecía inagotable en fulgores alegres y en silencios estremecedores; y estaban allí hasta media noche, mientras que la población dormía y las luces del arrabal se extinguían una á una.

Jamás fueron turbados en su soledad; á esa avanzada hora los niños no jugaban al escondido entre los montones de tablas. Algunas veces cuando oían algún ruido, el canto de los obreros que pasaban por el camino, ó voces que venían de las calles vecinas, atrevíanse á echar una mirada sobre el campo de Saint-Mittre. El campo extendíase solitario, lleno de sombras. En las noches templadas solían ver alguna pareja de enamorados ó algún viejo sentado en las pilas maderos, al borde del camino. Cuando las noches eran frescas, no veían en aquel espacio melancólico y desierto más que alguna hoguera de gitanos, ante la cual pasaban grandes sombras negras. El aire sereno de la noche les traía palabras y sonidos perdidos; el saludo de algún vecino

cerraba su puerta, el ruido de algún cerrojo, las graves campanadas de los relojes, todos esos ruidos espirantes de una población de provincia que se acuesta. Y cuando Plassans estaba dormido, oían todavía las disputas de los gitanos, los chisporroteos de su hoguera, en medio de los cuales se alzaban bruscamente las voces guturales de las jóvenes cantando en una lengua desconocida llena de acentos rudos.

Pero los enamorados no miraban mucho tiempo hacia fuera; apresurábanse á volver á su retiro, y proseguían sus paseos por el sendero silencioso. ¡Bastante les importaba á ellos el pueblo entero! Las tablas que los separaban de las malas gentes les parecía una fortaleza infranqueable. Se encontraban tan solos, tan libres en aquel rincón situado en pleno arrabal, á cincuenta pasos de la puerta de Roma, que algunas veces se imaginaban estar muy lejos, en el fondo de algún recodo del Viorne, en campo raso. De todos los ruidos que llegaban hasta ellos, el único que escuchaban con inquieta emoción era el de las campanas de los relojes, repetido lentamente en el silencio de la noche. Cuando sonaba la hora, algunas veces fingían no escucharla, y otras se detenían de pronto como para protestar; sin embargo, gustábales concederse una prórroga de diez minutos; pero era preciso despedirse. Habrían jugado, habrían charlado hasta la mañana, enlazados los brazos, á fin de experimentar hasta el fin aquel secreto placer que gustaban con continuas sorpresas. Miette decidíase al fin á subir sobre el

muro; pero no había acabado todo, porque las despedidas se llevaban todavía un buen cuarto de hora. Cuando la niña se había montado sobre el muro, aún permanecía de codos sobre el caballete, sostenida por las ramas de la morera que le servía de escala. Silverio, subido sobre la losa sepulcral, podía cogerle las manos, y aun hablaban á media voz. Repetían más de diez veces «hasta mañana», y encontraban siempre palabras nuevas. Silverio decía:—Vamos, baja, que ya es más de media noche.—Pero con terquedades de niña, Miette quería que él bajase primero: quería verle irse. Y como el joven se resistiese, ella acababa por decirle bruscamente, para castigarle sin duda:—Voy á saltar; vas á verlo.—Y saltaba desde lo alto de la morera, con gran susto de Silverio, que oía el ruido sordo de su caída. Luego ella huía soltando una carcajada, sin querer contestar á su último adiós; él permanecía aún algunos instantes mirando su sombra vaga perderse en la obscuridad, y, descendiendo lentamente á su vez, ganaba el callejón de Saint-Mittre.

Durante dos años fueron al sitio aquel todos los días. En sus primeras citas gozaron de algunas bellas noches templadas aún; pudieron creerse en Mayo, el mes de los estremecimientos de la savia en que un dulce olor de tierra y de hojas nuevas se arrastra en el aire caliente. Esta primavera tardía fué para ellos como una gracia del cielo, que les permitió correr libremente por el sendero y estrechar su amistad con apretado lazo. Después llegaron las lluvias, las nieves y las heladas. Estas inclemencias del invierno no los retrajeron; Miette

se puso su gran capa obscura, y los dos se burlaron del mal tiempo. Cuando la noche estaba seca y clara, y suaves soplos de aire levantaban á su paso un polvillo blanco y helado que les azotaba el rostro, guardábanse bien de sentarse: iban y venían más deprisa, envueltos en el abrigo, con la cara amoratada y los ojos llorando de frío; se reían llenos de alegría de su andar rápido en aquella helada atmósfera. Una noche de nieve entreteniéronse en hacer una enorme bola, que rodaron hasta un rincón, donde estuvo más de un mes, lo que les asombraba á cada nueva cita. La lluvia no les asustaba tampoco; soportaron terribles aguaceros que les calaron hasta los huesos. Silverio acudía pensando que Miette no haría la locura de ir; y cuando ésta llegaba á su vez, no sabía cómo reñirle; en el fondo, la esperaba, y acabó por buscar un abrigo contra el mal tiempo, comprendiendo que acudiría, á pesar de su mutua promesa de no hacerlo cuando lloviese. Para procurarse un techo no tuvo más que vaciar un montón de tablas y retirar algunos maderos, de modo que pudiera colocarlos fácilmente otra vez. Desde entonces tuvieron á su disposición una especie de garita baja y estrecha, un agujero cuadrado donde no podían estar sino apretados el uno contra el otro, sentados en la punta de un madero que dejaron en el fondo. Cuando llovía, refugiábase allí el que primero llegaba; y cuando estaban reunidos, escuchaban con gozo infinito el chaparrón, que sonaba en las tablas con sordo redoblar de tambor. Delante y alrededor de ellos, en la obscuridad de la noche, sentían el susurro

de una corriente que no veían y cuyo continuo ruido parecía el rumor de una multitud; encontrábanse bien solos, sin embargo, fuera del mundo y en medio de las aguas; jamás se sentían tan dichosos, tan aislados de los demás, como en medio de aquel diluvio, debajo del montón de tablas, amenazados á cada instante de ser arrastrados por los torrentes del cielo. Sus rodillas llegaban casi hasta la abertura, y las encogían todo lo posible, con las mejillas y las manos bañadas por un polvo fino de lluvia; á sus pie gruesas gotas, caídas de las tablas, chapoteaban acompasadamente. Sentían calor envueltos en su abrigo, y estaban tan estrechos que Miette se tumbaba á medias sobre las rodillas de Silverio Charlaban y callábanse luego, llenos de languidez y como adormecidos por el calor de su abrazo y el monótono sonar de la lluvia. Permanecían así horas y horas, con ese amor á la lluvia que hacen andar con mucha gravedad á los niños en los días de tempestad con una sombrilla en la mano. Acabaron por preferir las noches de lluvia, supieron que su separación era entonces más penosa; era preciso que Miette franquease la pared bajo la lluvia que la azotaba y que atravesase el jardín de Meiffren en plena obscuridad. Desde que ella cogía su brazo, Silverio la perdía en las tinieblas y en el ruido del agua, escuchando en vano, como sordociego y cegado. Pero la inquietud con que se separaban era un encanto más; hasta el día siguiente preguntábanse si les habría ocurrido algo con aquel tiempo de perros; acaso habrían sido maltratados y se habrían hecho daño: estos temores

que les hacían ocuparse tiránicamente al uno del otro, les hacían más agradable la siguiente entrevista.

Al fin volvieron los hermosos días; Abril trajo noches dulces, y la hierba del sendero creció de un modo rápido. En aquellas olas de vida que bajaban del cielo y subían de la tierra, en medio de la embriaguez de la nueva estación, muchas veces los enamorados echaron de menos su soledad del invierno, las noches de lluvia, las noches de helada, durante las cuales se encontraban tan aislados y tan lejos de los ruidos humanos. Ya no acababa el día tan pronto; maldecían los largos crepúsculos, y cuando la noche se hacía bastante obscura para que Miette pudiera trepar al muro sin peligro de ser vista, cuando ya se miraban en su querido sendero, no hallaban aislamiento que agradara á su independencia salvaje de los niños enamorados. El solar de Saint-Mittre se poblaba de chicuelos del barrio que andaban corriendo y gritando hasta las once; y aun sucedió alguna vez que uno de ellos vino á ocultarse detrás del montón de tablas, lanzando á Miette y Silverio la risa burlona de un vagabundo de diez años. El temor de ser sorprendidos, el despertar y los ruidos de la vida que crecía alrededor de ellos á medida que el tiempo mejoraba, llenaron de inquietudes sus entrevistas. Luego, comenzaban á ahogarse en la estrecha avenida; jamás ésta se había estremecido con estremecimientos tan ardientes; jamás el suelo, aquella tierra donde dormían las últimas osamentas del antiguo cementerio, había dejado escapar hálitos más em-

briagadores. ¡Tenían aún demasiada infancia para saborear el encanto voluptuoso de aquel agua jero perdido, lleno de fiebre por la primavera. Las hierbas subíanles hasta las rodillas; iban y venían con dificultad, y cuando aplastaban los nuevos retoños, ciertas plantas exhalaban acreos olores que los trastornaban. Acometidos entonces de extraños desfallecimientos, turbados y vacilantes como si las hierbas les enredasen los pies, se apoyaban en la pared con los ojos medio cerrados, no pudiendo avanzar más; parecíales que les penetraba toda la languidez del cielo. Acomodándose mal su petulancia de colegiales con estas súbitas debilidades, acabaron por acusar á su retiro de falta de aire, y por decidirse á pasear sus ternuras más lejos, en campo abierto. Entonces comenzaron nuevas escapatorias cada noche. Miette vino con su abrigo; ocultábanse los dos en él, y se deslizaban á lo largo de las paredes, y salían á la carretera, á los campos libres y anchos, donde el aire corría con fuerza, como las olas en alta mar. Allí no se ahogaban: volvían á encontrar su infancia, sentían disiparse los vértigos de su cabeza, las embriagueces que les causaban las altas hierbas del campo de Saint-Miette.

Así recorrieron durante dos años esta parte del país. Cada roca, cada banco de musgo conociólos bien pronto; no había ni un grupo de árboles ni un soto que no fuera ya su amigo. Realizaron sus sueños: corrieron locamente por los prados de Sainte-Claire, y Miette corría tanto, que Silverio se veía apurado para alcanzarla. Fueron á coger

nidos de urraca, y Miette, empeñada en mostrar cómo trepaba á lo alto de los árboles en Chavanoz, se ataba las faldas con la punta de un pañuelo y subía á las ramas más altas; Silverio abajo temblaba, con los brazos extendidos, como para recibirla si llegaba á caerse. Estos juegos calmaban sus sentidos, hasta el punto que una noche faltó poco para que se pegaran como dos chicos al salir de la escuela. Pero aún había en el dilatado campo sitios que no conocían. Mientras que paseaban, aquello era un continuo estallar de risas, de juegos, de bromas; andaban leguas, iban algunas veces hasta la cordillera de las Garrigues, siguiendo los senderos más estrechos y tomando con frecuencia los atajos; la comarca les pertenecía, y vivían en ella como en país conquistado, gozando de la tierra y del cielo. Miette, con esa ancha conciencia de las mujeres, no se contenía para coger un racimo de uvas, una rama de almendras tiernas, de las viñas y de los almendros cuyas ramas la tropezaban al pasar, lo que contrariaba las ideas absolutas de Silverio, sin que, por otra parte, se atreviera á reñir á la niña para no desesperarla.—«¡ Ah, malvada! —pensaba, dramatizando la situación puerilmente:— ¡hará de mí un ladrón!» y Miette le ponía en la boca su parte de fruta robada. Las mañanas de que se valía, cogiéndola por el talle, evitando los árboles frutales, haciéndose perseguir lejos de las viñas para desviarla de aquella necesidad instintiva de merodear, la hacían caer pronto en la cuenta. Obligábala á sentarse, y volvían á sentirse sofocados. Los recodos del Viorne, sobre todo, estaban para

ellos llenos de sombras que los ponían febriles. Cuando la fatiga los conducía al borde del torrente, perdían sus infantiles alegrías. Bajo los sauces flotaban tinieblas espesas, parecidas á perfumados crespones de un traje de mujer; los niños sentían estos crespones, que parecían tener aún el perfume y el calor de los voluptuosos hombros de la noche, acariciarles las sienes y envolverles en una invencible languidez. A lo lejos cantaban los grillos en los prados de Sainte-Clairre, y el Viorne sonaba á sus pies amorosamente con ruidos de suaves besos de labios humedecidos. Del sereno cielo parecía caer una cálida lluvia de estrellas, y bajo el influjo de este cielo, de estas aguas, de esta sombra, los niños, tendidos de espaldas sobre la hierba, el uno junto al otro, embebecidos y con las miradas en la obscuridad, buscaban sus manos y se las estrechaban rápidamente.

Silverio, que comprendía con cierta vaguedad el peligro de estos éxtasis, se levantaba algunas veces de un salto, proponiendo pasar á alguna de las islillas que las aguas bajas descubrían en medio del río. Aventurábanse á pasar los dos con los pies desnudos; Miette se burlaba de los gujarros, y no quería que Silverio la sostuviese; una vez se sentó en medio de la corriente, pero no había allí veinte centímetros de agua, y todo se redujo á tener que poner á secar la falda de encima. Luego, cuando estaban en la isla, tendíanse boca abajo sobre una lengua de arena, con los ojos al nivel de la superficie del agua, en la cual miraban á lo lejos, en las noches claras, es-

tremecerse las argentadas conchillas. Entonces decía Miette que iba embarcada, que la isla flotaba y que sentía muy bien que la conducía; y este vértigo que les daba el estremecimiento de las aguas, los divertía un instante y los retenía allí, en la orilla, cantando á media voz, como los bateleros á compás de los remos. Otras veces, cuando la isla ofrecía un ribazo escarpado, sentábanse como sobre un banco de verdura, dejando mojarse sus pies desnudos en la corriente. Y durante horas hablaban, batiendo el agua con los pies, balanceando las piernas y divirtiéndose en desencadenar tempestades en las tranquilas ondas cuya frescura calmaba su fiebre. Estos baños de pies hicieron nacer en el espíritu de Miette un capricho que debía perjudicar á la inocencia de sus amores; empeñóse en tomar baños completos. Un poco más arriba del puente del Viorne había un remanso muy á propósito, decía ella, de una profundidad de tres ó cuatro pies, y muy seguro; hacía tanto calor, que se estaría bien sumergiéndose hasta los hombros; además, ¡hacía tanto tiempo que deseaba aprender á nadar!... Silverio la enseñaría. Silverio hacía algunas objeciones: de noche era una imprudencia, y no estaría bien que los vieran; pero no decía la razón verdadera: instintivamente alarmábase ante la idea de este nuevo juego, y se preguntaba cómo se desnudarían, y de qué modo haría para sostener á Miette sobre el agua en sus brazos desnudos. Esta no parecía reparar en aquellas dificultades.

Una noche llevó un traje de baño que se había hecho de un vestido viejo. Silverio tuvo que vol-

30862

ver á casa de tía Dida en busca de unos calzoncillos. La cosa fué completamente inocente. Miette no se escondió, desnudándose naturalmente á la sombra de un sauce, tan obscura, que su cuerpo de niña dibujó en ella durante algunos segundos una vaga blancura. Silverio, de piel morena, aparecía en la obscuridad como el ensombrecido tronco de una encina joven, mientras que las piernas y los brazos de la joven, desnudos y redondos, parecían blancas cañas de los cañaverales de la orilla. Después ambos, como vestidos de manchas sombrías que el follaje proyectaba sobre ellos, entraron en el agua alegremente, llamándose, gritando, sorprendidos por la frescura; los escrúpulos, las vergüenzas no confesadas, los pudores secretos, fueron olvidados. Estuvieron allí una hora larga, jugando, echándose agua á la cara; Miette asustándose y luego riéndose, y Silverio dándole su primera lección, chapuzándole de vez en cuando la cabeza para acostumbrarla. Mientras que él la sostenía con su mano por el cinturón de su traje, pasándole la otra bajo el vientre, ella movía furiosamente brazos y piernas, creyendo nadar; pero así que la soltaba, movíase gritando, y con las manos extendidas, agitando el agua, se agarraba á donde podía, á la cintura del joven ó á sus muñecas; abandonábase un instante sobre él, y descansaba, sofocada, jadeante, mientras que sus ropas mojadas dibujaban las gracias de su torso de virgen. Luego exclamaba:— Otra vez; pero tú lo haces intencionadamente; no me sostienes.—Y nada vergonzoso les hacían pensar, sostienes.—Y nada vergonzoso les hacían pensar, ni los abrazos de Silverio, inclinado para soste-

nerla, ni los arranques de Miette, colgándose al cuello del joven. El frío del baño les daba una pureza de cristal; eran en la templada noche, en medio del follaje dormido, dos inocencias que reían. Silverio reprochóse, después de los primeros baños, el haber pensado mal. ¡Miette se desnudaba tan deprisa y estaba tan fresca entre sus brazos, y era tan sonora su risa!...

Al cabo de quince días, la niña supo nadar. Libre en sus movimientos, mecida en las ondas, jugaba con él, dejábase invadir por la serenidad del río, por el silencio del cielo, por sueños melancólicos. Cuando nadaban sin ruido, Miette creía ver en las dos orillas espesarse las hojas, inclinándose sobre ellos y ocultar su retiro con enormes cortinas; y por entre los troncos penetraban los rayos de la luna, y parecía que por las márgenes se deslizaban dulcemente blancas apariciones. Miette no tenía miedo; siguiendo los juegos de las sombras, experimentaba una emoción indefinible. Mientras que avanzaba lentamente, las tranquilas aguas, que reflejaban la luna como un claro espejo, rizábanse á su aproximación como una tela de plata; sus círculos se ensanchaban, perdiéndose en las tinieblas de las orillas bajo las ramas de los sauces, donde se escuchaban rumores misteriosos; á cada brazada encontraba rincones llenos de sonidos, negros recodos ante los cuales pasaba más deprisa, ramas de árboles cuyas masas sombrías cambiaban de forma, y se agrandaban, pareciendo que la seguían desde lo alto de las márgenes. Cuando se ponía boca arriba, enternecíanla aún más las profundidades del

cielo; del campo, de los horizontes que no veía en aquel momento, sentía alzarse una voz grave, prolongada, formada con todos los suspiros de la noche. Como no era de naturaleza soñadora, gozaba con todo su cuerpo y todos sus sentidos, del cielo, del río, de las sombras y de las claridades; el río, sobre todo, aquella agua, aquel terreno movible, la transportaban con infinitas caricias. Cuando remontaba la corriente experimentaba un placer inmenso al sentir la ola rozar más rápida su pecho y sus piernas, y producíale un cosquilleo dulcísimo, que soportaba sin risas nerviosas: sumergíase hasta la boca para que la corriente pasara sobre sus hombros y la envolviera de un golpe de la barba á los pies con su beso fugitivo; sentía languideces que la dejaban inmóvil en la superficie, mientras que pequeñas oleadas penetraban suavemente por entre su piel y su traje, inflando el lienzo; luego rodaba por las aguas tranquilas como una gata sobre una alfombra, y pasaba del agua luminosa donde se bañaba la luna, al agua obscura sombreada por el ramaje, tiritando como si abandonara un paraje inundado de sol y sintiese el frío de las ramas caerle sobre la nuca.

Apartábase ya para desnudarse y se escondía; en el agua permanecía silenciosa; no quería que la tocara Silverio, y se deslizaba suavemente á su lado, nadando con el suave rumor de un pájaro atravesando por entre el ramaje, ó daba vueltas alrededor de él, acometida de vagos temores que no se explicaba; él mismo se alejaba cuando ella rozaba uno de sus miembros; el río

no tenía para ellos más que una suave embriaguez, una voluptuosa languidez que los turbaba extraordinariamente. Cuando salían del baño, experimentaban somnolencias, desfallecimientos; sentíanse como sin fuerzas. Miette tardaba más de una hora en vestirse; no se ponía al principio más que la camisa y una enagua; después permanecía así, tendida sobre la hierba, quejándose de fatiga, llamando á Silverio, que se encontraba á pocos pasos con la cabeza vacilante y los miembros sumidos en una extraña y excitante laxitud. Y á la vuelta, había más ardor en sus brazos, sentían mejor á través de sus vestidos sus cuerpos suavizados por el baño y se detenían lanzando profundos suspiros. El enorme moño de Miette, húmedo todavía, su nuca, sus hombros, despedían un fresco perfume, un puro aroma que acababan de trastornar al joven. Felizmente, declaró la niña una noche que no se bañaría más, que el agua fría le subía á la cabeza. Sin duda decía esto con sinceridad é inocencia.

Volvieron á sus largas conversaciones. Del peligro que acababan de correr sus inocentes amores, no quedó en el espíritu de Silverio otra cosa que una gran admiración por el vigor físico de Miette. En quince días había aprendido ella á nadar, y con frecuencia, cuando entablaban luchas de velocidad, la había visto cortar la corriente con brazo tan ligero como el suyo. El, que adoraba la fuerza y los ejercicios corporales, se enternecía al verla tan fuerte, tan potente y tan deístra; y en su ánimo penetraba una estimación singular hacia sus hermosos brazos. Una noche,

después de uno de aquellos primeros baños que los ponían tan contentos, habíanse cogido por la cintura, en una lengua de arena, y lucharon durante algunos minutos, sin que Silverio pudiese tumbar á Miette; luego, el joven perdió el equilibrio y quedó encima la niña. Su enamorado la trataba como á un chico, y aquellas marchas forzadas, aquellas carreras locas á través de los prados, aquellos nidos cogidos en las cimas de los árboles, aquellas luchas, todos aquellos juegos violentos, los protegieron largo tiempo, é impidieron que manchasen sus ternuras. Había también en el amor de Silverio, además de su admiración por las gracias de su amada, las dulzuras de su tierno corazón por los desgraciados. El, que no podía ver un sér abandonado, un pobre, un niño descalzo por los polvorientos caminos sin experimentar un sentimiento de piedad, amaba á Miette porque nadie la amaba, porque llevaba una ruda existencia de paria. Cuando la veía reír se conmovía profundamente ante su alegría; además, la niña era salvaje como él, y encontraban otro punto en que entenderse; en el odio á las comadres del barrio. Sus sueños, cuando durante el día trabajaba en su taller en las ruedas de los carros, estaban llenos de generosa locura; pensaba en Miette como un redentor; subíasele al cerebro todas las lecturas; quería llegar á casarse con su amiga para levantarla á los ojos del mundo; tomaba como una misión santa el rescate y la salvación de la hija del presidiario. Tenía la cabeza tan llena de ciertas utopías, que no se limitaba á darse sencillamente cuenta de estas

cosas; perdióse en pleno misticismo social, imaginaba rehabilitaciones con apoteosis, veía á Miette sentada sobre un trono en el extremo de la avenida Sauvaire, y á toda la ciudad inclinándose, pidiéndole perdón, cantando sus alabanzas. Dichosamente olvidaba estas cosas así que Miette saltaba el muro y le decía en la carretera:—¿Quieres que corramos? Apuesto á que no me alcanzamos.—Pero si el joven soñaba despierto la glorificación de su amada, sentía tales ansias de justicia, que con frecuencia la hacía llorar hablándole de su padre. A pesar de los profundos enternecimientos que la amistad de Silverio había despertado en ella, sentía á veces irritaciones bruscas, horas malas en que su naturaleza sanguínea se rebelaba, haciéndola mirar con dureza y apretar los labios. Entonces sostenía que su padre había hecho bien en matar al gendarme, que la tierra es de todo el mundo, y que se tiene el derecho de disparar tiros donde se quiere y cuando se quiera. Y Silverio, con su voz grave, le explicaba el Código como él lo comprendía, con extraños comentarios que habrían hecho saltar á toda la magistratura de Plassans. Tenían estas conversaciones con frecuencia, en cualquier paraje escondido del prado de Sainte-Claire.

El tapiz de hierba, de un verde oscuro, extendíase hasta perderse de vista, sin que un solo árbol manchase la inmensa superficie, y el cielo parecía enorme, llenando de estrellas la desnuda redondez del horizonte. Los niños encontrábanse como mecidos en este mar de verdura. Miette luchaba mucho tiempo; preguntaba á Silverio si

habría sido mejor que su padre se dejase matar por el gendarme, y Silverio guardaba un instante silencio; luego decía que, en tal caso, valía más ser la víctima que el asesino y que era una gran desgracia matar á un semejante, aun en propia defensa; para él, la ley era cosa santa; los jueces habían tenido razón en enviar á Chantegreil á presidio. La joven se exaltaba; habría pegado á su amigo, y le decía que tenía tan mal corazón como los demás; y como él continuase defendiendo firmemente sus ideas de justicia, acababa la niña por estallar en sollozos, balbuceando que sin duda él se avergonzaba de ella, pues que siempre le estaba recordando el crimen de su padre. Estas discusiones terminaban en lágrimas, en una emoción común; pero la niña, á pesar de su llanto, reconocía que acaso había hecho mal, y guardaba en el fondo de su sér su salvajismo, sus sanguinarios arrebatos. Una vez contó riendo que un gendarme se había caído del caballo y se había roto una pierna. Por lo demás, Miette no vivía más que para Silverio; cuando éste la preguntaba acerca de su tío y de su primo, contestaba que «no sabía nada», y si insistía, temeroso de que la hicieran muy desgraciada en el Jas-Meiffren, decía que trabajaba mucho y que nada había cambiado. Creía, sin embargo, que Justino había averiguado algo, porque cantaba por las mañanas y tenía siempre alegría en los ojos; pero añadía: —¿Qué importa? Si alguna vez viene á estorbarnos, lo recibiremos de modo que no le queden ganas de volver á mezclarse en nuestros asuntos.

Sin embargo, algunas veces dejaban los paseos

por el campo, y volvían siempre al cercado de Saint-Mittre, á la estrecha avenida de donde los habían echado las noches calurosas de verano, los fuertes olores de las hierbas y las brisas sofocantes. Ciertas noches la alameda estaba más dulce, los vientos la refrescaban, y podían permanecer allí sin sentir el vértigo. Experimentaban entonces una calma deliciosa. Sentados sobre la piedra sepulcral cerrando sus oídos al ruido de los chicuelos y de los bohemios, encontrábanse como en su casa. Silverio había amontonado con mucho trabajo los pedazos de huesos y de cráneos, y se complacían en hablar del antiguo cementerio. Vagamente, con su viva imaginación, decíanse que su amor había arraigado como planta robusta en aquella tierra fertilizada por la muerte; había crecido allí del mismo modo que aquellas hierbas, y florecido como aquellas amapolas que la menor brisa agitaba en sus tallos, parecidas á corazones abiertos y sangrando. Y se explicaban los tibios soplos que rozaban sus frentes, los rumores que se escuchaban en la sombra, el largo estremecimiento que sacudía la avenida: eran los muertos, que les hablaban de sus pasiones heladas; los muertos, que les contaban su noche de bodas; los muertos, que se removían en la tierra acometidos de un furioso deseo de amar, de volver á comenzar su amor. Aquellas osamentas estaban llenas de ternura para ellos; los rotos cráneos se caldeaban al fuego de su juventud; los menores restos los rodeaban de murmullos de una inquieta solicitud, de unos ce-

los que los estremecían; y cuando se alejaban, el viejo cementerio lloraba. Aquellas hierbas que se les enredaban en los pies en las noches ardientes y que los hacían vacilar, eran dedos delgados, afilados por la tumba, salidos de la tierra para retenerlos, para arrojarlos unó en brazos de otro. Aquel olor acre y penetrante que exhalaban los tallos tronchados, era el perfume fecundante, el jugo poderoso de la vida que elaboran lentamente los féretros, y que encienden en deseos á los amantes perdidos en la soledad de los senderos. Los muertos, los viejos muertos, querían la boda de Miette y de Silverio.

Jamás sintieron miedo los jóvenes. La ternura flotante que adivinaban en derredor les penetraba, haciéndoles amar á los seres invisibles cuyo roce creían sentir con frecuencia, parecido á un ligero batir de alas. Sentíanse conmovidos sencillamente por una dulce tristeza, y no comprendían qué querían de ellos los muertos. Continuaban viviendo en sus inocentes amores, en medio de aquella oleada de savia, en aquel rincón del abandonado cementerio, donde la tierra grasienta sudaba la vida, y que exigía imperiosamente su unión. Las voces zumbadoras que resonaban en sus oídos, los súbitos calores que empujaban toda su sangre al rostro, nada preciso les decían. Había días en que el clamoreo de los muertos se continuaba tanto, que Miette, febril, lánguida, me-
dió tendida sobre la piedra sepulcral, miraba á Silverio con mirada tierna, como diciéndole: «¿Qué piden? ¿qué quieren? ¿por qué infiltran este fuego en mis venas?» Y Silverio, destrozado, trastornado

no se atrevía á repetir las ardientes palabras que creía escuchar en los aires, los locos consejos que le daban las altas hierbas, las súplicas de la avenida entera, de las tumbas mal cerradas, ansiosas de servir de tálamo á los amores de aquellos dos niños.

Interrogábanse con frecuencia acerca de las osamentas que descubrían. Miette, con su instinto de mujer, adoraba los asuntos lúgubres; á cada nuevo hallazgo, hacían suposiciones interminables. Si el hueso era pequeño, ella hablaba de una joven tísica ó arrebatada por una fiebre la víspera del matrimonio; si el hueso era grande, pensaba en algún viejo, un soldado, un juez, algún hombre terrible; sobre todo, se ocuparon mucho tiempo de la piedra sepulcral. Una noche de luna, Miette había distinguido en una de sus caras letras á medio borrar; fué preciso que Silverio, con su cuchillo, quitase el musgo que las cubría, y leyera esta inscripción: «Aquí yace... María... muerta...» Miette, encontrando su nombre en aquella piedra, se estremeció. Silverio la llamó tonta, pero ella no pudo contener sus lágrimas; dijo que había sentido un golpe en el pecho, que moriría muy pronto, que aquella piedra sería para ella. El joven se sintió estremecer á su vez; sin embargo, trató de burlarse de la niña. ¡Cómo! ¡Ella, tan valiente, pensaba en tales niñerías! Acabaron por reirse; después evitaron volver á hablar de esto. Pero en las horas de melancolía, cuando el cielo nublado entristecía la avenida, Miette no podía dejar de nombrar á aquella muerta, aquella María desconocida, cuya tumba les había servido tanto

tiempo de punto de cita; los huesos de la pobre joven estaban acá ó allí. Una noche tuvo el extraño capricho de que Silverio levantase la piedra para ver lo que había debajo; Silverio rehusó cometer aquel sacrilegio, y tal negativa mantuvo los pensamientos de Miette sobre el querido fantasma que llevaba su nombre. Quería absolutamente que hubiera muerto á su edad, á los trece años, en pleno amor. Apiadábase hasta de la piedra, de aquella piedra que ella pisaba, donde se habían sentado tantas veces, piedra helada por la muerte, y que ellos habían calentado con su amor, y añadía:—Ya verás cómo esto nos acarrea alguna desgracia... Si tú murieras, yo vendría á morir aquí, y querría que echaran esta piedra sobre mi cuerpo.—Silverio, con la garganta oprimida, le reñía por pensar en cosas tan tristes. Y así se amaron durante dos años en la estrecha alameda y en la abierta campiña. Su idilio atravesó las heladas lluvias de Diciembre y las ardientes sollicitaciones de Julio, sin descender á la vergüenza de los amores comunes; ella conservó su exquisito encanto de cuento griego, su ardiente pureza, todos los inocentes balbuceos de la carne que desea y que ignora; los muertos, los mismos viejos muertos, murmuraron en vano á sus oídos. No sacaron del antiguo cementerio más que una tierna melancolía y el vago presentimiento de una vida corta; una voz les decía que se irían con sus ternuras vírgenes antes de sus bodas, el día en que quisieran entregarse el uno al otro. Allí fué, sin duda, sobre aquella piedra sepulcral, en medio de las osamentas escondidas

entre las altas hierbas, donde respiraron el amor de la muerte, aquel áspero deseo de dormirse juntos en el seno de la tierra, que les hacía balbucear á la orilla del camino de Orchères aquella noche de Diciembre, mientras que las dos campanas cambiaban sus tristes lamentos.

Miette dormía tranquila, con la cabeza en el pecho de Silverio, mientras que él soñaba en las citas lejanas, en aquellos hermosos años de continuo encanto. Al amanecer despertó la joven. Ante ellos extendíase el valle lleno de luz bajo un cielo puro; el sol se ocultaba aún tras las colinas; una claridad de cristal, límpida y helada como agua de fuente, salía de los horizontes pálidos; á lo lejos el Viorne, parecido á una cinta blanca, perdíase en medio de las tierras rojas y amarillas: aquello era una perspectiva de masas grises de olivares, de viñedos parecidos á grandes piezas de tela rayada; toda una comarca agrandada por la pureza del aire y la serenidad del frío. El viento, que soplaba tenuamente, había helado el rostro de los jóvenes. Se levantaron vivamente, animados, contentos por la claridad del amanecer. La noche se había llevado sus tristezas, y miraban con ojos encantados el círculo inmenso de la llanura, y escuchaban el sonido de las campanas, que parecían anunciar alegremente la alborada de un día de fiesta.

—¡Ah! ¡qué bien he dormido!—exclamó Miette.—He soñado que me besabas... Di, ¿me has besado?

—Es posible—contestó Silverio riendo.—No tenía calor; hace un frío atroz.

—Yo no siento frío más que en los pies.

—Pues bien, corramos... Aún tenemos que andar dos leguas largas. Así te calentarás.

Bajaron la cuesta y ganaron el camino corrido. Luego, cuando estuvieron abajo, alzaron la cabeza, como para decir adiós á aquella roca sobre la cual habían llorado al quemarse los labios con un beso; pero no volvieron á hablar de la ardiente caricia que había puesto en sus ternuras un deseo nuevo, vago todavía, que no se atrevían á formular; ni siquiera se cogieron del brazo con el pretexto de andar más deprisa. Andaban alegremente, algo confusos, sin saber por qué, cuando se encontraban sus miradas. El día avanzaba. El joven, á quien su maestro había enviado algunas veces á Orchères, tomaba sin vacilar los buenos senderos, los más directos. Anduvieron así más de dos leguas; Miette acusaba á Silverio de haberla extraviado. Con frecuencia, durante cuartos de hora enteros, no veían ni un trozo de horizonte, sino largas filas de almendros cuyas ramas desnudas se destacaban sobre el pálido cielo. De pronto desembocaron precisamente delante de Orchères. Gritos de júbilo, rumor de muchedumbre llegaban hasta ellos, claros en el aire sereno. La banda insurrecta acababa de entrar en el pueblo. Miette y Silverio entraron con los rezagados. Nunca habían visto un entusiasmo parecido; en las calles se hubiera dicho que era día de procesión, cuando á su paso se cuelgan las ventanas con las más ricas telas. Se festejaba á los insurrectos como á libertadores; los hombres los abrazaban, y las mujeres les traían víveres; en las puertas

lloraban los viejos, alegría completamente meridional, que se manifestaba de un modo ruidoso, cantando, bailando, gesticulando. Al pasar Miette fué envuelta en un corro que bailaba en la plaza en la plaza Mayor; Silverio la siguió; en aquel momento no se acordaba de sus ideas de muerte; quería batirse; vender, al menos, cara su vida; la idea de la lucha lo embriagaba de nuevo; soñaba en la victoria, en la vida feliz con Miette, en la gran paz de la República universal.

Este fraternal recibimiento de los habitantes de Orchères fué la última alegría de los insurrectos; pasaron el día en una gran confianza y en una esperanza sin límites. Los prisioneros, el comandante Sicardot, los señores Garçonnet, Peirotte y los demás, que habían sido encerrados en una sala del ayuntamiento cuyas ventanas daban á la plaza Mayor, miraban con sorpresa y susto aquellas danzas, aquellas corrientes de entusiasmo.

—¡Qué pillos!—murmuraba el comandante, apoyado en el antepecho de la reja como en el palco de un teatro:—¡Y decir que no vendrán una ó dos baterías para barrer esta canalla!—Cuando vió á Miette, añadió, dirigiéndose á M. Garçonnet:—Mire usted, señor alcalde, aquella muchachuela roja. Esto es una vergüenza; se han traído con ellos á sus hijos. Por poco que esto continúe, vamos á ver buenas cosas.

M. Garçonnet movía la cabeza, hablando «de las pasiones desencadenadas» y «de los peores días de nuestra historia»; M. Peirotte, blanco como el papel, permanecía silencioso: sólo abrió la boca para decir á Sicardot, que continuaba